

#12

John y Carlos

Autopista 95

11:58 a. m.

Pueden ver las luces mucho antes de llegar. Los destellos de la ambulancia resultan rosados a la luz del día. Todo se encuentra extrañamente luminoso, bañado por una claridad cegadora. Detienen el coche antes del cordón policial. No hace falta enseñar la placa. Los agentes de uniforme ya los conocen. Saludan con un leve movimiento de barbilla. Los detectives ocultan sus ojos tras gafas de sol. Visten trajes baratos, americana de pana con coderas y un jersey de punto. Uno de ellos, con bigote rubio, casi castaño y una precoz alopecia, bebe un café humeante de un vaso de papel.

Sin decir nada, tan solo un movimiento de cejas, su compañero, un tipo bajo, algo grueso, de piel morena y pelo negro, se aleja en dirección a un grupo de policías. El otro da un sorbo al café y mira alrededor. El tráfico embotado como en una arteria maltratada, circula en el carril habilitado junto al accidente. Sus ojos coinciden con los de un niño que mira los restos del coche siniestrado. A pocos metros, un cuerpo cubierto con una sábana blanca.

El café está bueno. Lo compra en un pequeño local cubano en 25th street. Es fuerte. No debería beberlo. Sabe que su

estómago no lo agradece, tampoco sus nervios. Sin embargo, está bueno. Es dulce y denso, le sabe a caña de azúcar y a óxido. Eso le gusta. Se lleva la mano al bolsillo interior de su chaqueta, pero cae en la cuenta y maldice. A veces no recuerda que ya no fuma. Desde hace tres días. Así que busca en el otro bolsillo y manosea el artilugio que su mujer le dio. Ambas cosas, no tener que fumar y hacer caso a las supercherías de su esposa, alimentan su mal humor y consumen la poca paciencia de la que hace gala.

“Joder, Bárbara. —Se compadece con un pensamiento bronco—. Me vas a volver loco”.

—John —llaman a su lado. Su compañero regresa tras charlar con algunos oficiales de tráfico—. ¿Sabes una cosa?

—Sorpréndeme.

—Ha explotado el Challenger.

—¿Qué?

—El Challenger, el transbordador. Ha explotado al despegar de Cabo Cañaveral.

—No me jodas, Carlos.

—Sí. Han muerto todos.

Se levanta las gafas de sol y mira fijamente a Carlos. Suspira.

—¿Quieres decirme por qué diablos estamos aquí?

Carlos sonríe y lee de su libreta de notas.

—Un accidente de tráfico. Un muerto. Mujer. Blanca. Treinta y cinco años. Amanda Dowles. Divorciada. Un camionero dice que el coche daba bandazos, como si condujese ebria. Se le vino encima unas millas atrás. Esperamos el informe de toxicología.

John devuelve las gafas al puente de su prominente nariz. Un nuevo sorbo al café. Busca alrededor. Agentes de uniforme todavía interrogan a los conductores de un par de camiones. El asfalto está salpicado de vidrios y restos de metal. Camina a un lado con paso descuidado. El vehículo de la mujer está destrozado, casi partido por la mitad. Parece un acordeón. Apenas se reconoce la marca y el modelo. El cuerpo, una docena de pasos adelante. En su camino, tropieza con uno de los camilleros de la ambulancia que esperan al juez para llevarse el cuerpo. Finos hilillos de sangre brotan de la sábana y recorren las grietas del asfalto. Era rubia y quizá hermosa. Ahora es una muñeca rota.

—¿Es cierto que has dejado de fumar? —pregunta Carlos tras él al tiempo que golpea una cajetilla de tabaco en el dorso de su mano.

—Lo intento.

—¿Por qué?

—¿Por qué no? —escupe—. Bárbara dice que mi ropa apeseta y que fumar me provocará un cáncer de garganta o de pulmón. Me obliga a beber zumo de alcachofa todas las noches.

Carlos ríe. Él se vuelve sobre el hombro.

—No tiene gracia. Es la cosa más asquerosa que he bebido nunca.

Suspira. Los labios se hunden sobre la barbilla. En la mano agita la cadenita de plata que une las brillantes monedas.

—¿Qué es eso? —pregunta Carlos tras encender un cigarrillo.

—¿El qué?

—Eso.

—Monedas de la fortuna.

—¿Monedas de la fortuna?

—Me lo dio Bárbara —añade con evidente fastidio—. Son imágenes de santos y mierdas del zodiaco y no sé qué tontería más. Se supone que me ayudará a dejar de fumar y me traerá buena suerte.

Carlos ríe de nuevo y él lo fulmina con la mirada.

—Me gustaría saber qué demonios hacemos aquí.

—Investigar un caso, John. Hay un tipo que llegó cuando la mujer todavía estaba viva. Lo han llevado al Miami Central con una crisis nerviosa. Deberíamos pasar y hacerle unas preguntas.

—¿Por qué? ¿Por qué deberíamos interrogarlo? Tenemos cosas más importantes que hacer, Carlos. El capitán debe de estar loco, enviarnos a nosotros a esta... pantomima.

—¿Y funciona? —pregunta tras una profunda calada mientras retiene la respiración.

—¿El qué?

—Lo de las monedas de la fortuna, ya sabes. ¿Te han traído suerte?

—Quizá te obligue a tragarlas y me siente a ver cómo te ahogas. Eso me alegraría el día.

Carlos amaga una risa. Ambos detectives miran en direcciones opuestas. Una mano en la cadera, los pies ligeramente abiertos hacia fuera. John juguetea con las monedas en el bolsillo. Por un momento piensa que no es mala idea llevar siempre consigo algo con que distraer la ansiedad. El metal se calienta y resulta pringoso al tacto de sus dedos a medida que soba las imágenes religiosas impresas en zinc, latón y plata barata.

—Sabes que Suárez ha vuelto a hacer de las suyas, ¿verdad?
—dice.

—Algo he oído.

—Ayer dispararon a un pandillero en una fiesta. No eran más que dos críos. Pero puede que el arma fuese una Colt del ejército. Material de Suárez.

—Sí.

—Deberíamos darnos una vuelta por el Riverside y echar un vistazo. Joder. Esta mañana han disparado a un coche patrulla en Tigertail y casi matan a un tipo que pasaba por allí. ¿Qué le ocurre a la gente? Miami da vueltas en el retrete y nadie hace nada para evitarlo...

—El capitán quiere un informe sobre lo ocurrido aquí primero. Después podemos buscar a ese *pinche cabrón* de Suárez.

—¡Que se encarguen los de tráfico, joder! Somos detectives. Mierda, Carlos, esto es una pérdida de tiempo.

Carlos da un par de pasos al frente. Tiene los labios arrugados, en actitud meditabunda. Se retira las gafas de sol y las guarda en su chaqueta. Después mira al norte y señala con el dedo el trazado de la autopista.

—Ella venía en esta dirección —dice. Su rostro moreno está serio. Los ojos reflejan algún destello miel.

—Infalible.

Carlos continúa con su explicación, haciendo caso omiso a la ironía de su compañero.

—El camionero supuso que conducía ebria. El coche cambió de carril varias veces y estuvo cerca de chocar con uno de ellos.

—Yo sí necesito una borrachera.

Gira sobre sus pies, hasta apuntar al vehículo destrozado.

—Y unos pocos cientos de yardas después... esto.

El radiador del coche se ha empotrado entre los pliegues de la carrocería y el resto del motor. Las ruedas traseras están levantadas. El morro hincado en el suelo tal que un clavo de aluminio.

John da un paso al frente y bebe de su café. Repite con la mirada el recorrido que ha trazado su compañero. Paladea el dulzor en el paladar y da un sonoro trago. Con el labio inferior se muerde el bigote, solo un poco, y levanta las gafas oscuras para contemplar mejor la devastación del vehículo. Las monedas pendientes de la cadena tintinean a la brisa del mediodía. Carlos y él intercambian una mirada llena de extrañeza.

—¿Contra qué demonios chocó Amanda Dowles por muy borracha que estuviese? —pregunta Carlos.

—Pero qué... —musita él, entre dientes.

Contempla la escena una vez más. El cordón policial, los camiones, los guardias de uniforme, el coche, los vidrios, el cuerpo muerto. No hay rastro de otra cosa que no sea lo que ven sus ojos. No hay marcas de frenazo. No hay restos de pintura ni metal de otro vehículo. Los testigos encontraron tal cual el siniestro.

—¿Y bien? —pregunta Carlos—. ¿Qué opinas?

John guarda las monedas en el bolsillo. Se lleva el vaso a los labios, pero el café está frío y ya no le apetece su textura dulzona y metálica.

—Dame un puto cigarrillo —dice.

#5

La falsa tormenta solar y el satélite

En órbita alrededor de la Tierra

11:28 a. m.

¿Existe el principio? ¿Realmente existe? ¿Cómo reconocerlo entre la infinita cadena de consecuencias y causas, pronósticos? Sirva el tiempo como ejemplo. ¿Acaso tuvo un principio el tiempo? ¿Tendrá un final? ¿Qué hubo antes del tiempo? ¿Habrá algo después? Ah, el tiempo. La auténtica dimensión desconocida. La variable traicionera, retorcida, esquiva y gelatinosa invasora de las tripas propias. El tiempo no es una carretera por la que avanzar o retroceder. El tiempo es la pizarra en que Dios dibujó el universo. Sin duda, Dios tiene una pizarra donde traza garabatos y bocetos cuando se aburre —algo que ocurre demasiado a menudo—. Arrastra la tiza sobre la superficie bien pulida y encerada del tiempo y representa un galimatías que queda muy lejos de nuestro entendimiento.

Todos esos accidentes y casualidades, toman sentido cuando alcanzan un objetivo que no se habían propuesto. Esa es la escena invisible. La realidad ocurre ahí fuera, al otro lado del espejo —es ese número infinito de posibilidades que tienen efecto en el caos omnipresente—, está por todas partes y

en ninguna. Hijos de la incertidumbre, títeres de nuestro ego reptiliano y víctimas de la causalidad.

Ocho minutos separan la tormenta solar del planeta Tierra. Ocho minutos es más que suficiente. ¿Se puede contar una vida en ocho minutos? ¿Se puede vivir una vida? En la síntesis de la memoria, en las imágenes que abrazan el recuerdo, ocho minutos es todo. Así se reduce la vida a una interpretación, como en el teatro de la existencia, convertidos en meros espectadores de la consciencia, solos, en la platea, en penumbra, contemplando aquello que alguna vez vivimos — porque todo el mundo ha vivido lo que ocurre en el teatro—, hasta que cae el telón y pone punto y final. ¿Eso fui yo? ¿Fue esa mi vida?

Así es que las casualidades y los accidentes, las predicciones, la percepción de lo percibido, son parte de uno mismo; sin saberlo, forman parte del observador. De fuera a dentro. Portales dimensionales que se abren a cada paso. El final de un ciclo que se repite desde un tiempo finito y que quizá, mañana, sea un borrón en la pizarra de Dios.

Sea como sea, a partir de este mismo instante, la tormenta solar existe o existió hace ocho minutos. No es gran cosa, de hecho es insignificante. Los grandes observatorios astronómicos de la Tierra apenas han percibido nada. Puede que no deba llamarse tormenta solar. Fue un intento, un fracaso, de no ser porque el fracaso no existe cuando nos referimos a medidas astronómicas. Somos hijos de las estrellas al fin y al cabo. Así pues, la llamarada con pretensiones de tormenta expulsa fotones de alta energía y masa coronal hacia la Tierra. La ionosfera del planeta desvía la energía; el campo geomagnético se resiente. Quizá haya una buena aurora boreal al norte de Noruega. No ocurre nada más. A eso se reducen los descomunales fenómenos

naturales. Son ajenos a la grandeza de su existencia, a las consecuencias, existen sin finalidad, sin meta.

Sin embargo, lo que podría haber sido la tormenta solar definitiva, la ira de Dios —y que quizá lo sea en otro universo en que las probabilidades sean menos indulgentes—, llega al planeta Tierra debilitada. Así, el final de la civilización moderna se posterga y regresa a la lista de pendientes. Quizá en veinticinco años o treinta o trescientos. Ocurrirá, pero no hoy. Y en su lugar, los satélites resisten y apenas sienten la caricia del astro rey. Todos, excepto uno.

La química del satélite de televisión se detiene —porque todo se reduce a la química— cuando interviene el viento solar. Es un segundo —el tiempo robado— y la puerta se abre al susurro de lo desconocido. Después vendrán las interpretaciones lógicas, aunque su existencia ya habrá sembrado el mundo de consecuencias ilógicas.

La consecuente interferencia que producirá en la señal de televisión será el chisporroteo que dibuja esa pizarra de Dios, garabateada e incomprensible, que es el horizonte del tiempo.

Trescientos veintiséis mil personas no le darán importancia alguna; un técnico llamado Neill derramará su taza de café al acercarse a la pantalla y perderá su empleo; una jubilada de Miami, llamada Meg, creerá haber visto el rostro del diablo, al igual que un predicador de Salt Lake City con el que no tiene relación alguna y otras setenta y tres personas anónimas de las cuales, una, se suicidará; Edward Clark, en su apartamento, número 73 de Shackleton Road, en Kennesaw, Georgia, apagará la televisión y retomarará la lectura de *El corazón de las tinieblas*; mientras que Lloyd Frances, en Grafton, Massachusetts, saldrá a dar un paseo y resbalará en el hielo de la entrada, con tan mala suerte que se romperá tibia y peroné en la caída;

ochenta y seis personas relacionarán la extraña interferencia en la señal con el desastre del transbordador espacial Challenger que tendrá lugar casi a la misma hora. De ellas: siete padecerán extrañas pesadillas esa misma noche; dieciséis lo contarán de forma suspicaz a su familia durante la cena; una descubrirá que está preñada; dos sufrirán un infarto en los tres días siguientes; veinte jugarán a la lotería y solo uno resultará agraciado con un premio de tres millones doscientos sesenta mil dólares que le costará su matrimonio y con el que comprará el flamante Ferrari Testarossa en el que morirá, durante la Nochevieja de mil novecientos ochenta y siete, en Santa Bárbara, California.

Así es cada día. Hay gente que muere y gente que salva la vida.

#23

Silvia Dante

Tigertail Avenue

10:24 a. m.

Los gritos de Silvia se escuchan por toda la casa.

—¡Así! ¡Dame, dame, dame más! ¡No te pares!

Finalmente, hinca las uñas en la almohada y, con un grito desgarrado se retuerce y estremece sin control. El chico, porque no es un hombre todavía, se separa de sus nalgas, rueda a un lado y, jadeante, busca a tientas en la mesilla de noche. Ella se vuelve y acaricia su pecho empapado en sudor. El sexo de ella palpita tras el orgasmo. Esta vez, él no se ha corrido. Las cortinas están echadas; apenas hay una escasa claridad apagada iluminando la habitación. El cuerpo de él es apolíneo y juvenil. Eso le excita. Sabe que es solo un niño, que podría ser su hijo si hubiese tenido uno a los veinte, quizá a los veintidós. Pero ese es un pensamiento incómodo que evita y sepulta bajo el deseo. Entre ahogos exhaustos contiene una risa y muerde su carne, justo bajo el pezón derecho.

—¿Qué buscas? —lo interroga.

—Mi reloj. Debe de ser tarde.

—Tranquilo. No te preocupes. Nunca vuelve antes de mediodía y todavía es pronto.

—¡Mierda! Son más de las diez. Tengo que irme.

El chico salta de la cama y comienza a vestirse.

—¿Tan pronto? Quédate un rato más. Vamos a la ducha.

—No quiero ducharme.

—Podríamos tomar un baño.

La mujer se arrastra y lo coge por el cinturón. Lo mira desde abajo, hambrienta. Él sonríe y descubre su juventud y también su perfil apolíneo y la inseguridad en los hoyuelos junto a la boca y la energía interminable que enciende el deseo de ella.

—¿Es que no tienes nunca suficiente?

—No cuando se trata de ti.

—Tengo que irme. El Señor Stein se enfadará si me retraso y no puedo perder el trabajo. Si mis padres se enteran...

Esa excusa resulta un jarro de agua fría sobre Silvia que, al instante, se siente blanda y arrugada y se retrae como un caracol de vuelta a la protección de las sábanas. El chico es joven, pero no estúpido —o por lo menos eso piensa ella— y percibe la contrariedad en su cejo y el repliegue de los labios.

—No quiero encontrarme con tu marido —se explica—. Imagínate que me ve salir de tu casa.

—Eso no va a pasar. Ya te he dicho que nunca vuelve antes de mediodía.

El chico se calza y camina a un lado mientras da la vuelta a su camiseta. Ella se tumba de costado, mostrando su magnífica curva entre la cadera y la cintura. Después se acaricia el

muslo y observa vestirse al chico. Está plantado con el jersey sobre los hombros, contemplando las fotografías que hay en el aparador.

—Aquí estás tú —dice.

—Muy bien, Sherlock.

—Este es él...

Silvia no responde, de hecho ni siquiera pestañea.

—¿No habéis tenido hijos?

—No.

—¿Por qué?

—Hay veces que esas cosas no pueden elegirse. Es mejor así.

El chico se vuelve apenas, desde el hombro, y los ojos le desaparecen en la profundidad de su rostro.

—No parece él en esta foto —apunta.

Silvia suspira, quizá un poco hastiada, toma un cigarrillo y lo enciende. Continúa tumbada de lado y deja caer la ceniza en un cuenco de porcelana.

—Ha cambiado mucho. Cuando era joven era... diferente.

—¿Por qué es mejor así?

—¿El qué?

—Has dicho que es mejor así, sin hijos. ¿Por qué?

—No lo sé. Solo es mejor. Deseas tener niños hasta que lo olvidas, entonces todo resulta mejor. Ya no me planteo esas cosas.

El chico regresa a las fotografías y asiente varias veces. Ella no puede ver su expresión, parece que sonríe, pero también podría ser otra cosa, cualquier otra.

—¿A qué se dedica? —pregunta, tomando otra fotografía entre las manos—. ¿Es viajante o algo así?

—Es asesino.

—¿En serio?

El silencio de ella lo hace sentir un poco tonto, quizá avergonzado. Ella resopla de forma piadosa, un poco maternal.

—¿No sabes que resulta de mal gusto hablar del marido de la mujer con la que te acabas de acostar?

—Lo siento.

Da una calada y observa al muchacho de pies a cabeza.

—Es inventor —dice Silvia.

—Inventor —murmura al tiempo que observa la fotografía.

—¿Te parece algo excepcional?

—Bueno. Nunca había conocido a un inventor.

—Ni lo harás. Por lo menos no conocerás a mi marido.

—¿Ha inventado algo importante? ¿Algo como... algo grande?

Silvia suspira de nuevo y desvía la mirada. Después contempla el cigarrillo y da una larga calada.

—Ganó mucho dinero con los tapones para botellas de plástico.

—¡Claro! ¿Estás de broma? ¡Botellas de plástico! ¿Cuánto es mucho dinero?

—Unos dos millones... más o menos...

—Vaya...

—Todavía estás a tiempo de esa ducha —sugiere tras aplastar el cigarrillo entre la ceniza.

—¿Por qué está siempre fuera? ¿Es un jugador o algo así?
En esta ocasión resopla y se deja caer contra el colchón.

—No. No es jugador.

—¿Entonces...?

—Se dedica... —Mastica las palabras—. Se dedica a cazar monstruos.

—Me tomas el pelo.

—No. No lo hago. Sale de madrugada. Se mete en las alcantarillas y busca caimanes solitarios. Él los llama monstruos.

—Pero... eso es... no puede ser.

—Es cierto.

—Entonces está loco.

—¿Y quién no lo está?

—No te creo. Me tomas por tonto.

Silvia se pone en pie y enciende una pequeña lamparilla. Las sombras se alargan y se vuelven sólidas aunque suaves, como espejos azabache. Una franja dorada la separa de él. Lo mira con suficiencia, un poco despectiva aunque también divertida. Abre el vestidor y desaparece dentro. La luz blanca del fluorescente lucha con la tostada atmósfera del cuarto y cubre las sombras con un delicado velo azulado, sedoso. Entonces sale ella y le muestra el invento.

—¿Qué es eso? —salta él al frente, excitado.

A ella le divierte su nerviosismo infantil y le tiende el arma.

—Es un fusil para pesca submarina, pero está modificado.

—¿Modificado para qué?

—Para cazar monstruos.

—No...

—Ya te lo he dicho. Es inventor. Él mismo se fabrica estos cachivaches y después se mete en las alcantarillas.

El chico contempla el arma. Aprieta la culata contra el hombro. Sonríe y da la vuelta a la habitación con un ojo guiñado y la lengua asomando a los labios.

—Increíble... Y ¿alguna vez...? Ya sabes, ¿ha cazado alguno?

—¿Qué?

—Monstruo.

—Los monstruos no existen, Billy.

El chico asiente y devuelve su atención al arma. Acaricia el costado, el arpón afilado que asoma del cañón, las cachas de la culata.

—Es una locura... —murmura.

Silvia ladea el gesto. Lo es. Es una locura. Del mismo calibre que follarse al técnico que venía a arreglar la televisión. Una semana antes de Navidad, vino para revisar su aparato y eso fue lo que hizo. Desde entonces ha ocurrido más veces. Silvia solo tiene que llamar a la tienda Jacob Stein, en Biscayne Boulevard, y el chico acude a ella. Se ha gastado una fortuna en reparaciones. Ya no hacen las cosas como antes. Es una locura. Pero ¿quién no está loco? Su marido es inventor y

cazador de monstruos y ella... ella no sabe lo que es. Quizá no haya ninguna diferencia. A veces las cosas son tan distintas que parecen lo mismo. Al fin y al cabo, la cuestión es pasar dos noches en las cloacas de las emociones, en el lugar al que los otros arrojan sus complejos morales, sus mentiras, sus monstruos. Tal vez algún día se vean reflejados en las aguas ponzoñosas de la vergüenza; abofeteados por la justicia y el valor; consumidos en las llamas de la mentira. Pero eso no pasará; no hoy. Ya es tarde para salvarse. Traga saliva y siente el regusto amargo del tabaco, así que resopla y habla con repentina acritud.

—Ya está bien, Billy —dice—. Dámelo y lo devolveré al armero.

—Pesa mucho...

—He dicho que ya está bien. Ya has tenido bastante por hoy.

—Es una pasada. ¿Crees que servirá para bucear? Con esto podría ensartar un tiburón.

—No digas bobadas. Dámelo.

—Espera un momento...

—¡Trae aquí!

El aire comprimido suena a hueco, a reventón neumático que lo ensordece durante un instante. Ambos miran abajo. El chico está pasmado. Sus ojos reflejan la luz en la oscuridad y parecen brillar con luz propia. Silvia cae y da con la espalda contra el armario. Queda sentada sobre la moqueta, en una postura extraña, casi de contorsionista. Está conmocionada, pero al moverse el terrible dolor le hace chillar. El chico da un salto atrás y suelta el arma.

El arpón atraviesa la pierna de Silvia y se incrusta en el armario tras ella, justo bajo la rodilla. Sobre el metal, salpicado de viscosa sangre negra, el hueso asoma a la carne. Ambos miran la terrible herida y balbucean.

—¿Qué...? ¿Qué has hecho? ¡Me has disparado! —aúlla ella.

—¡Lo siento!

—¡Ayúdame! —Al moverse, el hueso raja la carne y Silvia cae de espaldas, agitando las manos. Las lágrimas corren a sus ojos al tiempo que el dolor crece y crece.

—Yo... yo... —balbucea él.

—¡Llama a una ambulancia, idiota!

—Yo... —el chico retrocede ante los lloros de Silvia—. Una ambulancia... La policía...

—¡Haz algo!

—No puedo. No puedo.

—¿Qué dices?

—No puedo. Si mis padres se enteran...

—¿Qué?! ¡Me estoy desangrando!

—Yo... tu marido... Tengo que volver a la tienda...

—¡Idiota! ¡Llama a una ambulancia! No puedes dejarme así.

El chico busca alrededor, da vueltas y más vueltas hasta que chasquea los dedos y se pone la camiseta.

—Pero... ¡Cabrón! ¡Hijo de puta!

—Lo siento, señora Dante.

Da un saltito para evitar la sangre que empapa la moqueta y alcanza el teléfono. Después lo acerca a ella, que llora y gime y araña la madera quebrada del armario al que se encuentra clavada.

—Llame a la tienda si tiene algún problema con su aparato. Recuerde que la reparación tiene una garantía de tres meses —dice, con reparo, desde la puerta.

—¡Cabrón! —grita ella y se derrumba de costado.

Silvia llora. Un intenso dolor trepa por la pierna hasta hincarse en la parte posterior de su cabeza. Es como si el mismo arpón la atravesase de parte a parte, en el corazón, en el cuello, los dedos entumecidos. Entre sollozos marca el número de emergencias mientras evita mirar la herida. Una voz femenina aparece al otro lado y ella intenta explicarse, pero el llanto y el dolor se hacen uno en su garganta y derrumba la cabeza a un lado. Entonces grita y sepulta las preguntas que asoman al auricular. Golpea el suelo y aúlla, en lo profundo de un nuevo día.

#53

Seamus Murphy

Bank of America

11:35 a. m.

Seamus Murphy está sentado en su puesto de trabajo como cada mañana. Es un tipo entrado en quilos aunque no gordo, escaso de pelo aunque no calvo, blancucho aunque no pálido, irlandés, aunque solo bebe un par de pintas tras el trabajo. Prepara un listado de saldos en su computadora al tiempo que tararea una melodía. Es algo que suele hacer, tararear, también hace muchos listados de saldos. Le gusta la música. Le gusta ser feliz. Esa es la palabra: feliz. Seamus Murphy es un tipo feliz.

No tiene una razón concreta para serlo, de hecho piensa que no la necesita. La felicidad no depende de aquello que se consigue o se tiene, la felicidad es un estado de ánimo y Seamus Murphy sigue ese sagrado mandamiento a rajatabla. Quizá debería recordar, como hacen muchos de sus conocidos, todas aquellas cosas que hacen a uno desgraciado. Algunos compañeros de trabajo, incluido su jefe, también se esfuerzan por recordar las cosas que van mal. Recesión, Oriente Próximo, Centroamérica, la Guerra Fría, el escudo antimisiles de Reagan, los precios del combustible, el futuro de la juventud,

el pasado de los políticos, la moneda que se devalúa, el catastrófico juego de los Dolphins, la insípida comida enlatada, las prisas de los clientes, la helada matutina, el despertador inclemente...

La felicidad llegó de la mano del optimismo. Sí, es un tipo feliz y optimista. Hace tres años le diagnosticaron un cáncer. No era nada del otro mundo, aunque su mujer abandonó la consulta del doctor entre lloros desconsolados. Le tomó unos meses aceptar que no moriría. Incluso después de que el tumor fuese extirpado y las pruebas demostrasen que todo estaba en orden por allí dentro. Ella vive esperando un resultado negativo en los análisis periódicos; a veces piensa que desea su muerte. Sabe que es un pensamiento estúpido, pero debería reflexionar al respecto. Vivir esperando la desgracia solo puede engendrar desgracias.

Así pues, Seamus, feliz y optimista, está tecleando en su computadora. Es una mañana tranquila. La oficina bancaria está casi vacía. Hay un par de clientes en la ventanilla de caja y el director habla por teléfono tras su mesa. Hace un momento que se ha marchado la señora Blink. Cada martes actualiza sus cuentas bancarias. De paso le recuerda las peripecias de su familia tras la Gran Guerra. Ella llegó a los Estados Unidos cuando no era más que una niña. Después vino la recesión y el periplo de costa a costa; su futuro marido luchando contra los nazis y el ansiado reencuentro; el matrimonio; su primer hijo, el segundo, el tercero; la universidad del mayor; el fallecimiento del mediano en un accidente de motocicleta; los años sesenta y John enviado a Vietnam; John herido en una emboscada; John en el hospital de campaña; John en casa y las navidades en familia; el hijo menor y su afición por la literatura que nunca le dio un centavo; los nietos y su querida nuera...

Quizá otro empleado se hubiese planteado la posibilidad de un suicidio ritual a lo bonzo. Sin embargo, Seamus aguanta de forma estoica la perorata de la señora Blink cada martes, una y otra vez. Incluso le divierte comprobar los pequeños cambios que se producen en los recuerdos de la Sra. Blink de una semana a otra. A veces piensa que existen una infinidad de señoras Blink y que cada martes es una diferente la que expone sus recuerdos ante él, iguales, pero diferentes: llegó a los Estados Unidos cuando no era más que una niña. Después vino la recesión y el periplo desde Houston; la guerra y su matrimonio; su marido prisionero de los nazis y el ansiado reencontro; su primer hijo, el segundo, el tercero; la universidad del mayor; el fallecimiento del mediano en un accidente de coche; los años sesenta y John enviado a Vietnam; John herido en la ofensiva del Tet; John en el hospital de campaña; John en Nueva York lejos de la familia; el hijo menor y su segunda novela publicada; los nietos y su odiada nuera... Seamus nunca la contradice y da por cierto todo lo que cuenta la Sra. Blink. ¿Por qué no? ¿Acaso no es cierto en su cabeza? Si así es, debe de ser cierto en algún otro lugar también.

De repente detiene los dedos sobre las teclas. Desvía la mirada a un lado. Algo llama su atención. Gira sobre la silla. Su agenda está un poco desplazada a un lado. Observa durante un largo instante el ángulo que forma su lomo con el borde de la mesa. Extiende una mano, sin prisa, arrastrándola sobre el tablero y, con la punta del índice, recoloca la agenda hasta formar una perfecta línea paralela entre agenda y mesa. Ladea la cabeza, satisfecho, pero la duda dispara una ceja a lo alto. Con parsimonia meticulosa gira el bote en que guarda los lápices hasta que las líneas coinciden en su imaginación con las sombras proyectadas en la agenda. Sin embargo, no acaba aquí. Al contrario, todo empieza en ese mismo instante.

Estira el brazo y acaricia la grapadora, lo suficiente como para devolverla a su lugar exacto. Hay una precisión milimétrica en la disposición de sus enseres de trabajo. Aunque algo se le escapa. Se pone en pie y observa la mesa. Siente que ha perdido la perspectiva, que algo queda fuera de su percepción, así que se sube a la silla y desde allí puede contemplar el conjunto perfecto que forman sus enseres.

Mira alrededor. La oficina bancaria se encuentra sumergida en su anodino y silencioso ajeteo diario. Siente que los puños se le cierran. El cosquilleo asciende por sus piernas, hasta el vientre, en un efervescente burbujeo de champán; al estilo de Broadway; al estilo de un musical clásico.

La música brota en sus labios, al principio tímida, casi rota.

—*Fly me to the moon* —comienza a cantar—, *let me play among the stars.*¹¹

Chasquea los dedos y sube a la mesa.

—*Let me see what spring is like on Jupiter and Mars.*

Abre las manos y despliega los brazos a los lados.

—*In other words, hold my hand.*

Y por fin canta, a voz en grito, con toda la fuerza de sus pulmones.

—*In other words, ibaby kiss me!*

Todos se vuelven hacia él. Hay un instante de pasmo en que la música se oculta, con las orejas gachas y las zarpas recogidas, temerosa de lo que pueda suceder. La puerta de la

11 *In other words.* Bart Howard. 1954. La popular versión de Frank Sinatra, en 1964, fue asociada a las Misiones Apollo que tenían como objetivo alcanzar la luna.

oficina del director se abre de forma violenta y la cortinilla de aluminio ondea y baila a los lados. El director está furioso, puede verlo en sus ojos encendidos, en el rubor que trepa por su cuello hasta la calva. Sin embargo, sonrío y señala a Seamus antes de dar un paso de baile que recuerda a Fred Astaire.

—*Fill my heart with song*—canta el director—, *and let me sing for evermore.*

—*You are all I long for*—responde uno de los clientes con voz de barítono—, *All I worship and adore.*

—*In other words, please be true*—añade el cajero al ponerse en pie—. *In other words...*

La clientela y el resto de trabajadores salta con los brazos en alto.

—*I love you!*

La orquesta al completo estalla en una tormenta de vientos y golpes de batería. Todos corren a un lado y otro y se cruzan, dando golpes de pierna al compás, sonriendo, sonriendo todos. Hojas de papel vuelan por los aires y forman una repentina lluvia que empapa la coreografía. Seamus taconeá sobre su mesa con las manos en la cintura, en una mala imitación de las danzas irlandesas. Ríe a viva voz antes de patear los informes y listados que se acumulan en sus respectivas bandejas. Los formularios por triplicado, las hojas de calco, las notas manuscritas, las carpetas de plástico... un abanico imposible se esparce en una amalgama caótica frente a su mesa. El coro enlaza sus codos y giran alrededor de él, que levanta los brazos y abre las piernas. La música crece y crece hacia un éxtasis total. Caen las hojas y vuelan los recibos y justificantes. Es maravilloso. Y piensa que si pudiese verlo desde arriba, si pudiese ver desde el techo la rueda de bailarines a su alrededor y las destellantes

lámparas de araña y las cintas de seda ondear junto a las columnas, sería como una de esas películas musicales en que todos bailan y corren y saltan y giran, todo gira y gira al compás de la música y las luces y las sonrisas, tantas, tantas sonrisas.

En realidad nadie sonrío. Solo él. A pesar de que no debería hacerlo, de que parece raro, siniestro, y que podrían acusarle de complicidad. Nadie en su sano juicio sonrío durante un atraco a mano armada.

—¡Todo el mundo quieto! —grita un tipo cubierto por una media, esgrimiendo un revólver—. ¡Esto es un atraco!